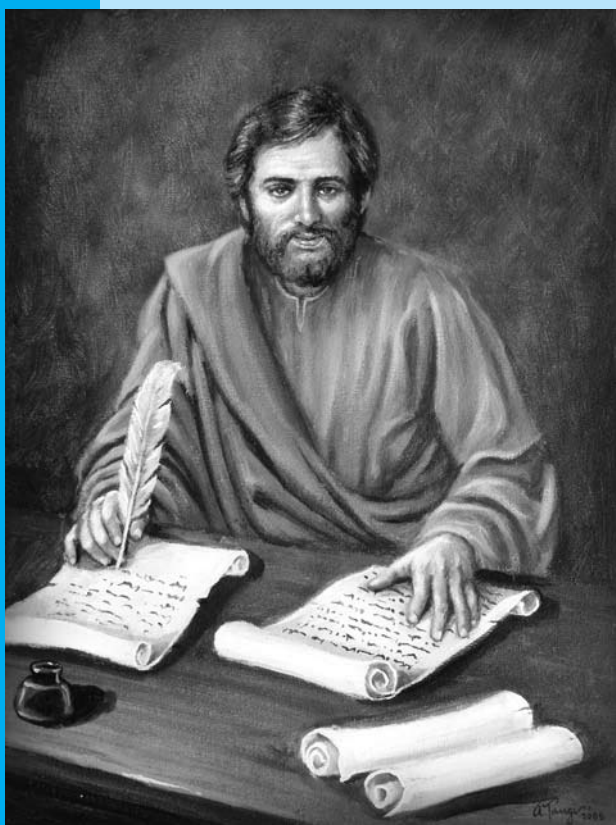


Reflexiones en el año de San Pablo

Saulo, agente de cambio para la comunidad

Carlos Luis Suárez, scj*



La primera tarea que ocupa a Saulo de Tarso es, aparentemente, la de custodiar la ropa de quienes apedrean a Esteban, el protomártir cristiano (Hch 7,58). ¿Por qué habrá querido Lucas presentar a Pablo en una escena así? Colocar algo, incluso una persona a sí misma, a los pies de alguien significaba un gesto de reconocimiento de la autoridad de esa persona. A los pies de Jesús acuden enfermos (Mt 15,30), una pecadora (Lc 7,38), un hombre que había estado endemoniado (8,35), el jefe de una sinagoga (8,41) y un leproso sanado (17,16). A los pies de los apóstoles, por su parte, se deposita dinero (Hch 4,35; 5,2). El mismo Pablo dirá que fue educado a los pies de Gamaliel (Hch 22,3). ¿Habrá querido Lucas reconocerle a Saulo una autoridad? De ser así, ¿qué tipo de autoridad? Todavía, la imagen de los vestidos puestos a los pies de Saulo recuerda la entrada –la última– de Jesús a Jerusalén. En ese momento muchos colocaron sus vestidos ante él (cf. Mc 11,8; Lc 19,36). Es sabido que Lucas en los Hechos de los apóstoles (Hch) establece paralelismos muy significativos y elaborados entre las vidas de Pedro y Pablo con la vida de Jesús. Aunque Saulo no fuera consciente de ello, tal vez Lucas quiera advertir al lector que ese personaje está por iniciar un camino de pasión, sin retorno, como el de Jesús. Se trata de una pasión que lo acaba sumergiendo en un trabajado éxodo que le posibilitará la interpretación de su misma vida y de su mundo cultural y religioso desde perspectivas completamente nuevas. Esta será su gran misión.

La voz busca, exige, una atención total del oyente. Es la manera de empezar a descentrar a quien camina aferrado a propósitos represivos.

Pablo es un hombre de caminos. Como los de todo tiempo y lugar, sus caminos no estuvieron exentos de sorpresas, emociones y peligros. De todos los que anduvo ninguno tan decisivo como aquel emprendido desde Jerusalén a Damasco (cf. Hch 9,1-19). Desde la perspectiva de Lucas, fue el viaje de todos sus viajes. En aquellos tiempos no eran extraños los asaltos a los viandantes. Los malhechores, sirviéndose del factor sorpresa y de algún argumento de violencia, lograban con frecuencia buen botín. En su viaje a Damasco Pablo fue asaltado, ¿pero de qué manera? ¿Quién lo asalta? El asaltante dejó sus huellas. Interviene desde lo alto, “desde el cielo”: “una luz que venía del cielo lo envolvió de improviso” (9,3; cf. 22,6). Este *modus operandi* acontece en Hch en otras tres ocasiones: la primera en el episodio de Pentecostés: “vino del cielo un ruido, como de viento huracanado” (2,2a); las otras dos en el episodio de la conversión de Pedro: “Estaba orando en Jafa, cuando tuve una visión en éxtasis: un objeto, como un mantel enorme, se descolgaba por las cuatro puntas desde el cielo y llegaba hasta mí (...). Por segunda vez me habló la voz desde el cielo: lo que Dios declara puro, tú no lo declares impuro” (11,5,9). La vida de quienes se ven asaltados desde lo alto, desde el cielo, –la comunidad, Saulo y Pedro– adquiere un protagonismo paradigmático en el conjunto de los Hechos. Cada uno de ellos, a partir de ese momento, vivirá una profunda transformación de sus vidas en una docilidad creciente a lo que viene de lo alto, lo que en concreto se traduce en un progresivo compromiso con la causa de Jesús.

Todavía, al menos en cuanto a la comunidad y a Saulo se refiere, cabe destacar otro elemento común en el tipo de asalto que sufren: lo imprevisto, lo repentino, el “de repente” de la intervención de lo alto. También la comunidad se vio sorprendida así en el día de Pentecostés: “de repente vino del cielo...” (2,2); en el camino de Saulo, por su parte: “una luz (...) lo envolvió de repente” (9,3; cf. 22,6). De notar que en la obra lucana (Evangelio y Hechos) hay dos momentos donde se actúa “de repente”. El primero cuando el anuncio a los pastores: “Y junto con el ángel, apareció de repente una multitud del ejército celestial que alababa a Dios” (Lc 2,13); el segundo en el relato de un joven poseído: “un

espíritu lo agarra, de repente comienza a gritar y lo sacude con violencia” (9,39). En ambas escenas la reacción posterior de quienes están en contacto con los pastores, o luego con el joven poseído, acaba siendo de sorpresa y admiración. Igual reaccionan quienes ven a la comunidad el día de Pentecostés y quienes oyen a Saulo tras su cambio. Al anuncio de los pastores: “Todos los que lo oyeron se asombraban de lo que contaban” (Lc 2,18); tras la liberación del joven: “todos se maravillaban de la grandeza de Dios. Como todos se admiraban de lo que hacía...” (9,43); en relación al momento de Pentecostés: “(una multitud) fuera de sí y asombrada” (Hch 2,7,12); ante la predicación inicial de Saulo: “todos los oyentes comentaban fuera de sí...” (9,21).

Los pastores, al moverse por el mensaje a ellos confiado, salen de su aislamiento y marginalidad para contemplar, compartir y alabar a Dios; el joven, liberado por Jesús, es reintegrado en su condición plena de hijo; la comunidad pregona en diversidad de lenguas las maravillas de Dios; Saulo, por su parte, confiesa en las sinagogas a Jesús como Hijo de Dios. Quienes oyen o ven lo acontecido en estos *asaltados* quedan estupefactos. Algo impensable acontece. En los episodios individuales, además –es el caso del joven de Lc y el de Saulo en Hch– la palabra de Jesús es determinante para el cambio dado.

Una voz lo llama insistentemente: “¡Saulo, Saulo!” (9,3). Quien llama por nombre sabe a quién llama. La voz busca, exige, una atención total del oyente. Es la manera de empezar a descentrar a quien camina aferrado a propósitos represivos. En diversas ocasiones la Escritura emplea la repetición de un nombre propio para proponer un cambio de actitud: “¡Jacob, Jacob! Respondió: Aquí estoy. Le dijo: Yo soy Dios, el Dios de tu padre. No temas bajar a Egipto” (Gn 46,2); con edad mucho más temprana, la llamada al joven Samuel: “¡Samuel, Samuel!” (1Sm 3,4,10). En los evangelios, por ejemplo, y en boca de Jesús, el llamado a la hermana de María: “¡Marta, Marta!” (Lc 10,41), invitada a redimir su relación con el Maestro y con su propia hermana. Es posible que para Saulo la llamada haya sonado como la que recoge el profeta Isaías:



Todo presagia, a la luz de las Escrituras, que la vida de Saulo se prefigura como la de quien asumirá, al igual que las figuras señeras de los patriarcas, o la liberadora de Moisés.

*Y ahora así dice el Señor,
El que te creó, Jacob;
El que te formó Israel:
No temas que te be redimido,
Te he llamado por tu nombre,
Tú eres mío (Is 43,1)*

Pero la voz busca algo más. Junto al reconocimiento de su identidad, la palabra que Saulo oye le interpela: “¿por qué me persigues (di keis)?”. Es una pregunta que evoca aquellas de los relatos de orígenes, propias de los primeros capítulos del Génesis: “¿dónde estás?” (Gn 3,9); “¿qué has hecho?” (v. 13); “¿dónde está tu hermano?” (4,9). Son interrogaciones que buscan la asunción de su responsabilidad ante el modo de proceder. En el caso de Saulo, el cuestionamiento acentúa su condición de perseguidor, característica que sin embargo nunca abandonará. De hecho, reconoce haber sido un perseguidor *del camino* (cf. Hch 22,4) y *de la Iglesia de Dios* (cf. 1Cor 15,9). Pero el objeto de sus persecuciones cambia: “*Persigan el amor, y aspiren a los dones espirituales*” (1Cor 14, 1); “*persigo la meta, el premio al cual me llamó Dios*” (Fil 3,14); “*persigamos lo que fomenta la paz mutua y es constructivo*” (Rom 14,19); “*persigan siempre el bien entre ustedes y con todo el mundo*” (1Tes 5,15); “*persigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la humildad*” (1Tim 6,11). Como se decía de él, “*el que antes nos perseguía ahora anuncia la Buena Noticia de la fe que en otro tiempo intentaba destruir*” (Gal 1, 23).

La voz que Saulo oye le despierta curiosidad: “¿Quién eres, Señor?” (Hch 9,5). Con esta pregunta inicia su discipulado. Saulo se concentra en la voz, adentrándose en el misterio que lo ha desmoronado. ¿No significa acaso empezar a dejar atrás todo lo anterior? En el evangelio de Juan, cuando Jesús aparece resucitado a los suyos, los discípulos no preguntan quién es, porque ya sabían que era Él: “*ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle quién era, porque sabían que era el Señor*” (Jn 21,12). Quienes preguntan por la identidad de Jesús son los que no lo conocen, como los judíos: “¿Tú quién eres?” (Jn 8,25). A la luz de la respuesta algu-

nos creerán en Él, otros no (cf. Jn 8,30). Para Saulo la Palabra se ha convertido en un estímulo para saber. Quiere saber porque sabiendo, conociendo al otro, a aquel que le ha hablado primero, aprenderá de sí mismo. Solo entonces será capaz de dar razón de sí, de su vida, de su proceder, intuyendo que su propio misterio, su aparente sinrazón, quedará iluminada únicamente desde aquel que lo ha cuestionado.

La voz acepta el diálogo, se hace accesible, cercana. Desvela su identidad: “*Yo soy Jesús, a quien tú persigues*” (Hch 9,5). Con el empleo del “yo soy” quedan evocadas las ocasiones en las que Jesús se presenta de igual manera a sus discípulos. En general, son contextos en los cuales los suyos manifiestan miedo: ante la tempestad en el lago, “*No teman, soy yo*” (Mt 14,27; cf. Mc 6,50; Jn 6,20); una vez resucitado, “¿*Por qué se asustan tanto? ¿por qué tantas dudas? Miren mis manos y mis pies, soy yo*” (Lc 24,39). En el Antiguo Testamento, la presentación de Dios como “yo soy” prepara a quien escucha a una misión particular: a Abraham: “*camina en mi presencia y sé honrado*” (Gn 17,1); a Isaac: “*No temas, que estoy contigo. Te bendeciré y multiplicaré tu descendencia*” (26,24); a Jacob: “*Ahora levántate, sal de esta tierra y vuelve a tu tierra nativa*” (31,13); a Moisés: “*anda, que te envió al faraón, para que saques a mi pueblo de Egipto*”. El desvelamiento que la voz hace de sí misma se transforma para Saulo en invitación explícita para superar temores y asumir nuevos compromisos. El perseguidor no ha sido castigado, ni eliminado. Es el mismo proceder que Dios había mostrado en los episodios de Adán y Eva, o de Caín, donde ninguno de ellos, a pesar de sus transgresiones, fue aniquilado. Bien al contrario, Dios, renovando su compromiso con cada uno de ellos, les abre horizontes nuevos. Todo presagia, a la luz de las Escrituras, que la vida de Saulo se prefigura como la de quien asumirá, al igual que las figuras señeras de los patriarcas, o la liberadora de Moisés. De ser así, la previsible tarea de Saulo se vislumbra no exenta de fatigas, fragilidades e incomprendiones (cf. Hch 9,16).



Saulo sigue sin ver. Su confusión es grande. En un segundo momento tiene que desarmarse. Sus manos en algún momento dejaron de asir las cartas de condena que le autorizaban a dar cacería a los cristianos.

El conocimiento de Jesús sumerge a Saulo en un dinamismo nuevo. La voz busca que quien escuche recupere su dignidad, que no pretenda vivir ni escondido (Adán y Eva) ni postrado (Saulo por tierra). La voz dinamiza: *“Levántate”*. En el último de los tres relatos que Hechos presenta sobre lo sucedido a Saulo en la vía a Damasco, él mismo, en primera persona, añade lo que la voz dispuso: *“Levántate, que para esto me he aparecido a ti, para nombrarte servidor y testigo de que me has visto y de lo que te haré ver”* (Hch 26,16). Sólo llegando al final de sus días resulta fidedigno que cuente a qué le había llamado Jesús, el sentido de la misión. Al mismo tiempo, es la manera de introducir a Saulo en el útero que lo hará renacer, la comunidad. De hecho, Saulo acaba entendiendo que su persecución hostil a Jesús se estaba dando de manera específica en su modo de maltratar a los hombres y mujeres que seguían el camino de Jesús.

Hasta aquí, la dimensión comunitaria tan sólo ha quedado expresada en la identificación de Jesús mismo con los cristianos perseguidos. ¿Cómo iniciar a Saulo en la comunidad? En primer lugar tiene que asumir su minoridad, mostrando disponibilidad a que sean otros quienes le digan qué hacer (cf. 9,6). Saulo sigue sin ver. Su confusión es grande. En un segundo momento tiene que *desarmarse*. Sus manos en algún momento dejaron de asir las cartas de condena que le autorizaban a dar cacería a los cristianos (cf. vv.2.14). Vaciadas de toda expresión de odio, desposeídas de anhelos de opresión y muerte, se abren ahora para sujetar únicamente las manos de otros que lo guiarán (cf. v.8). La voz directa calla entonces para Saulo. Su nuevo camino apenas comienza. Para otros que ya son discípulos está por llegar el momento de desplazar temores y prejuicios. Será la ocasión propicia para renovar y consolidar la obediencia a la Palabra. “El hombre hace muchos proyectos, pero sólo se realiza el plan del Señor” (Pr 19,21).

Siguiendo la narración de Hch 9, una vez que Saulo entró en la ciudad, la atención se desvía a un nuevo personaje. Entra en escena un discípulo. Su condi-

ción de seguidor de Jesús se manifiestan en el reconocimiento inmediato y en la disponibilidad que muestra apenas oye su nombre, tan solo pronunciado una vez: *“¡Ananías! Respondió: Aquí me tienes, Señor”* (v.10). Al igual que a Saulo, la voz que ha reconocido le indica una dirección adonde ir. Allí encontrará a Saulo (v.11). Casi contemporáneamente al de Saulo, Ananías inicia también un proceso en el que tendrá que superar sus temores y sospechas. Confiado en la palabra del Señor, emprende su camino, de alguna manera, un éxodo. El punto de encuentro no lo elige ninguno de los dos, a ambos les es dado. La dirección, literalmente, es la calle Recta. Allí convergen sus vidas. Atendiendo al nombre de la calle ambos enderezan sus propios caminos, los ajustan al de la Palabra que les ha sido dirigida. Palabra de eco profético: *“Preparen el camino al Señor; enderecen (literalmente: hagan recto) sus senderos”* (Lc 3,4; cf. Is 40,3-5). Una vez reunidos, Ananías ofrece un modelo de acercamiento: toca a Saulo –le impone las manos–, lo llama por su nombre y lo reconoce como hermano. De la audacia para emprender esta decisiva y entrañable secuencia de gestos y palabras Ananías revela la clave que la ha hecho posible: *“Me envía el Señor Jesús, (...) para que recobres la vista y te llenes de Espíritu Santo”* (Hch 9,17). La misión aceptada y llevada a término por este discípulo de Damasco propició la apertura de la comunidad. Sólo entonces Saulo recobra la vista, se levanta, se bautiza, come y recobra las fuerzas (cf. v.18). *“Y se quedó unos días con los discípulos de Damasco”* (v.19). ¡Qué paradoja! La comunidad formada por aquellos que hacía que Saulo *“respirase amenazas contra los discípulos del Señor”* (v.1) es el lugar donde renace a la vida, vida que la misma comunidad custodiará día y noche (cf. v.25). Saulo ha cambiado, y sin haberlo pretendido, él mismo se convierte en agente de cambio para la comunidad, que logra dejar atrás temores y prejuicios. El punto de convergencia se descubre en la obediencia confiada a la voz de lo alto, voz que asalta y derriba, que levanta y encamina. Así lo vivieron Saulo y Ananías, en quienes acontece la experiencia de una fraternidad inicialmente impensable. Una fraternidad que no ata, sino que libera y anuncia *“valientemente el nombre de Jesús”* (v. 28).

* Rector ITER-UCAB.